

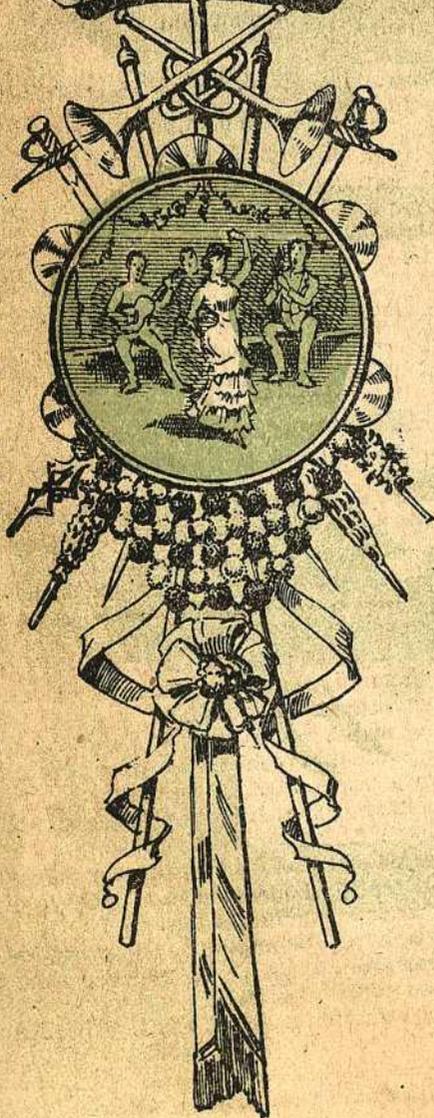


REVISTA SEMANAL DE ESPECTÁCULOS

GALERIA TAURINA

M. REINANTE HIDALGO

Lit. L. Brabo, Desengano 14 Y Sandoval 2.



Es este escritor simpático, que con gusto les presento, periodista de talento y discreto autor dramático.

Y prueban con eficacia su mérito verdadero, la Cruz del Humilladero y El caballero de Gracia.

SEÑORES COLABORADORES

Amallo (D. Francisco).
Caamaño (D. Angel).
Carmena y Millán (D. Luis).
Dominguez (D. José).
Estrani (D. José).
Infante (D. Lamberto).
Jiménez (D. Ernesto).
López Silva (D. José).
Martos Jiménez (D. Juan).
Mayorga (D. Ventura).

Minguez (D. Federico).
Mora (D. José).
Peña y Goñi (D. Antonio).
Rebollo (D. Eduardo).
Reinante (D. Manuel).
Rodríguez Chaves (D. Angel).
Rodríguez (D. José).
Ros (D. Vicente).
Sánchez de Neira (D. José).
Sánchez de Neira (D. Gonzalo).

Sentimientos.
Sobaquillo.
Soriano (D. Manuel).
Taboada (D. Luis).
Thebussen (Doctor).
Todo y Herrero (D. Mariano del).
Vázquez (D. José).
Vázquez (D. Leopoldo).
Yrayzez (D. Flaco).
Yufera García (Francisco).

SUMARIO

TEXTOS: ¿Me atreveré? por Pepe Lio. —Hartarse de trapo, por Mariano del Todo y Herrero. —La chaquetilla azul ó un roto para un descosido, por Gonzalo Sánchez de Neira. —Romances moriscos, por Manuel Reinante Hidalgo. —Lances teatrales, por Manuel Reinante Hidalgo. —Noticias. —Corrida de novillos verificada el día 18 de Noviembre de 1888.

GRABADOS: D. Manuel Reinante Hidalgo. —Tras de cornudo... (Historia sin texto) conclusión. —La última de la temporada: ida y vuelta. —Recuerdos del beneficio del «Bebe».

¿ME ATREVERÉ?

Señor Director de EL TOREO Cómico.

Muy señor mío: Yo bien quisiera, pero no sé si atreverme á emborronar algunas cuartillas encaminadas, como si dijéramos, á pedirle á usted la alternativa.

Y no creo que esta cortedad sea hija de mi natural modestia, ni mucho menos, pues antes de ahora, es decir, en época no muy lejana me he permitido tener opinión taurina y á consignarla también.

Acaso diga usted para su capote: ¡buena sería la opinión de ése!

Porque yo ahora también pienso lo mismo; ¡buena era entonces mi opinión!

Figúrese que, como buen provinciano, creía que para escribir una revista bastaba un poco de osadía y un si es no es de inteligencia.

Tan persuadido estaba, que imaginando poseer algo de ambas cosas, y llevado por el deseo de todo desheredado, resolví emprender el camino de la corte.

Pero, ¡ay! la negra realidad se encargó de desvanecer mis doradas ilusiones.

Para más acertar, conté mil y mil veces con los dedos los días de la semana y las horas del día, formando cálculos y combinando la manera de no salir á hora impar, ni llegar en día aciago, ni más ni menos que me acontece ahora acerca de si escribiré ó no escribiré algunas cuartillas, cuántas deberán ser éstas, qué número de líneas habrá de contener cada una, si las sílabas han de formar pares y cuántos vocablos podrán emplearse.

¡Quiera Dios que mi segundo cálculo sea más acertado que el primero!

Llegué á Madrid en sábado, día de gran prestigio, par y á las ocho de la noche.

No cabía en mí de alegría.

Todo marchaba á las mil maravillas.

Inútil creo decir á usted que aquella noche no dormí; tal era mi deseo de ver rayar el nuevo día para dirigirme á la Plaza de Toros.

Y como todo llega en este mundo, llegó también la hora de la corrida.

Mataban dos celebridades presentes y una futura.

Los toros eran de Anastasio, lo cual no dejó de disgustarme, por ser nombre compuesto de nueve letras, cinco de ellas vocales.

Con ansia febril seguí los movimientos de toros, toreros, y... vamos, que hasta el presidente se me hizo interesantísimo.

No hay qué decir que saqué de la corrida más notas que contiene la partitura de una ópera.

Y á mi entender, todas exactas.

Sin cuidarme de comer, ni de sacudirme el polvo que había recogido, que no era poco, me constituí en la Puerta del Sol á esperar que salieran las revistas de la famosa corrida.

Al siguiente día compré también los periódicos de más circulación.

Uno por uno, toro por toro, suerte por suerte... todolo confronté detenida y minuciosamente con mis notas.

Creí... volverme loco.

¡Qué decepción tan grande, señor Director!

Mis notas en nada convenían con las impresas.

Y si en algo concordaban, era tan sólo en cosa insignificante.

Mucho me cuesta el confesarlo, pero tuve al fin que vencerme de que no sabía apreciar las suertes, ni distinguir el mérito con que se ejecutaban.

Y dudar no cabía.

¿Cómo dudar ante la evidencia, puesta en letras de molde?

¡No sabía, no servía para escribir una revista de toros!

Sin embargo, aquella misma decepción me hizo concebir la idea de dedicarme á la carrera con verdadera fe y entusiasmo.

Sí, señor Director; herido en mi amor propio, me propuse entrar de lleno en el camino de la gloria.

Y es posible que me halle en camino de conseguirlo.

Tengo ya mi pendón; es decir, mi héroe, á quien me propongo divinizar.

Por supuesto, que tanto él como yo creemos que se lo merece.

Es un torero que nada malo puede hacer.

No diré que de vez en cuando no resulte, al parecer, un poco deslucida alguna de las suertes que intente ejecutar.

Pero crea usted que no será por culpa suya.

La fatalidad, auxiliada por cualquiera de esas circunstancias imprevisas ó intencionadamente creadas, han de ser las causantes.

Esto es indiscutible.

Y únicamente podrá dudarle el público ignorante ó los envidiosos de la gloria de mi hombre.

Además, señor Director, he hecho gran acopio de frases de actualidad, con las que me propongo, como es de rigor, salpicar directamente mis revistas.

Podré acaso equivocarme el sentido de algunas, porque al fin y al cabo pertenecen á idiomas distintos, y yo apenas conozco el español; pero le aseguro que, si no bien aplicadas, en cambio irán con la mejor ortografía.

¡Cómo que las tengo escritas en mi cartera!

Lo mismo me acontece con el *caló*.

¡Qué digo lo mismo!...

Del *caló* haré más, pero mucho más consumo por dos razones.

La primera por estar muy en boga, y la segunda porque, como se parece al español más que á ninguna otra lengua, me he dedicado á frecuentar los sitios flamencos, y ya le entiendo, y hasta casi le hablo, y no tardaré en escribirlo.

De modo que cada reseña mía tendrá mucho que admirar, y... si no fuese porque la modestia me lo impide, diría que mucho que aprender.

Con tan buenos auspicios quizá me atreva á escribir algo para el público, señor Director.

¿Y si á este proyecto le sucede lo que al primero?

No sé. Dudo. ¿Me atreveré?

PEPE LIO.

¡¡HARTARSE DE TRAPO!!

Era una tarde de Enero y empezaba á anoecer, y detrás de una mujer examinaba un caballero.

Ella de buena presencia, de formas algo abultadas y de menudas pisadas, y él, vestido con decencia.

Cual presa de algún apuro marchaba ella presurosa; de una calle tortuosa entró en un portal oscuro.

Y el caballero, por más que lo vió oscuro y estrecho, como hombre de pelo en pecho sin miedo siguió detrás.

Alcanzóla en los peldaños de la empinada escalera; y como si proviniera su amistad de largos años, risueño la saludó, breves frases se cruzaron, y una puerta traspararon que tras ellos se cerró.

A una estancia reducida, y en muebles muy abundante, le da un calor sofocante la chimenea encendida.

Y sin duda este detalle tanto en su organismo impera, que la mujer se aligera de las ropas de la calle.

Presencia la operación como discreto testigo el conocido ó amigo recostado en un sillón;

mientras ella imperturbable va dejando en una silla el *cap-tout-cas*, la mantilla, el manguito confortable, el vestido, la chaqueta, cuatro docenas de cintas, y una falda más con pintas, que el traje exterior completa.

Y el amigo silencioso, que ve semejante alijo, y que se encuentra, de fijo, sobresaltado ó nervioso, en desatarse el corsé, transcurrida ya una hora, levantándose:—Señora,— dice,—no prosiga usted; en este momento escapo, aunque lo juzgue desdoro, que yo no soy ningún toro para que me harte de trapo.

M. DEL TODO Y HERRERO.



LA CHAQUETILLA AZUL

ó

UN ROTO PARA UN DESCOSIDO

—*

NOVELA DE PUNTAS



CAPITULO IX

¡¡LA PAREJA!!

La noticia de lo ocurrido circuló por Villabrutanda con la velocidad del rayo.

El alcalde llamó á su despacho al juez municipal, y éste le dijo:

—Señor alcalde: por lo que pueda ocurrir, y para evitar un alboroto, creo debía usted poner en estado de sitio el pueblo.

—¿Y cómo se hace eso, D. Serapio?

—Pues ocupando militarmente la plaza; la cosa no tiene mucho que hacer.

—De manera que usted cree...

—Que se avise por medio de oficio al pueblo de Villazoquete, que tiene puesto de Guardia civil, y se pida.

—¿Qué pedimos?

—Tal vez con seiscientos ú ochocientos guardias.

—Hombre, me parecen muchos.

—Uno por vecino.

—Pero D. Serapio, ¿los habrá?

—Eso no es cuenta nuestra; que los hagan. Usted se dirige al jefe del puesto en atento oficio diciéndole las razones que le asisten para reclamar esa fuerza; lo demás corre á su cargo. Conque ponga usted el oficio, y vamos al lugar del crimen.

Escrito el oficio, el alcalde llamó al alguacil, y éste salió de Villabrutanda en dirección á Villazoquete.

El alcalde, D. Serapio, el secretario de Ayuntamiento, que ejercía igual cargo en el Juzgado, el maestro de escuela y el apodado el *Morros*, alguacil supernumerario sin sueldo, dirigieron á casa de la Jesusa, donde estaban la Venancia, la tía Gurrumina y la Celestina.

Jesusa había regresado de su síncope, como decía Venancia, y en cuanto vió á D. Serapio exclamó:

—¡Justicia, señor, justicia!

—Vamos por partes,—dijo D. Serapio, sentándose ante una mesa con el alcalde á la derecha, el secretario á la izquierda, y al lado de éste el maestro de escuela.

—Hable usted, señora.

—Pus na, que la tía Gurrumina ha destrozao toda la chaquetilla; y yo, crea usía que á nadie achaco más que á la tía Celestina ese *rato* de furor. Averigüe usía, indague usía.

—Eso, eso, señor juez; es necesario que la chaquetilla azul aparezga íntegra é inedita, si no se arde Villabrutanda, y afusilo medio pueblo,—dijo el alcalde.

—Calma, señor alcalde: yo buscaré á estas señoras las cosquillas, y...

—Oiga usted—dijo el maestro de escuela,—cuidaito, que mi sobrina anda en el ajo, y su tío no permitirá que nadie la busque nada.

—El señor juez habla en sentido simbólico,—dijo el secretario.

—Eso es otra cosa,—contestó el maestro.

—Pues decía, señores, que buscaremos el porqué desde su nacimiento; pero es necesaria aquí la presencia de los toreros, sobre todo del matador.

—Oye tú, *Morros*,—gritó el alcalde,—vete y busca los dos mozos más brutos del pueblo, y que traigan al *Reservao*.

—Señor, donde estamos usía y yo no hace falta *naide*.

—Tienes razón; por algo soy alcalde.

—Y yo alguacil.

—Pus andando.

Salieron el alcalde y *Morros*.

Jesusa continuó:

—Sabrá usía, señor juez, que la Celestina me tiene tirria, mirria y mala voluntad.

—Que se escriban esas palabras,—gritó Celestina, que era mujer muy leída y escribida, según voz pública.

—Escriba, señor secretario.

El secretario se acercó al maestro y le dijo:

—¿Y cómo se escribe eso?

—Con muchas erres, chico, no las escatimes.

—Pero sepamos,—dijo el juez á D. Serapio,—cómo, cuándo y de qué modo ha venido aquí esa chaquetilla.

—Averigüelo usía,—dijo Celestina,—ésa es su obligación, pus al decírselo, vaya una gracia que lo adivine.

—Usted habla cuando la pregunte. Señora Jesusa, tiene usted la palabra.

—Pues miré usted y usía, señor juez; yo me truje aquí para que el *Reservao*, que me corroe el alma de celos, viniese en mi busca; pero él es *burriciego* y no ve de lejos; por esta causa no arrearó en la jugada. No vino, yo salí; ese espantajo de D. Pepito vino todo *avujerao*, y la señora Venancia, á quien sin duda, y usía, señor juez, estará conmigo, destetaron con merengue, *sedució* á la Gurrumina para que le curara, y á falta de vendajes rompieron la *chaquetilla*, y mié usted cómo la han puesto. Y sacó la manga impregnada de unguento.

—Venga como cuerpo del delito,—dijo D. Serapio.

—Cójala usted, señor secretario.

—D. Serapio, ¿y por dónde?—dijo el infeliz secretario al ver que la manga estaba chorreando.

—Por donde pueda; obedézcame. Y ahora, tía Gurrumina, ó encuentra usted lo que falta de la chaquetilla, ó la meto en la cárcel como ocho y siete son...

—Diez y seis—dijo el maestro.

—Eso, diez y seis—continuó D. Serapio.

—Miste, señor usía,—dijo la Gurrumina,—aquí hay gato encerrado.

—Lo que á mí me parece,—replicó el maestro,—es que hay muchas gatas por encerrar.

—Señor profesor, no tergiverse la acción de la justicia; escuche, oiga y atienda.

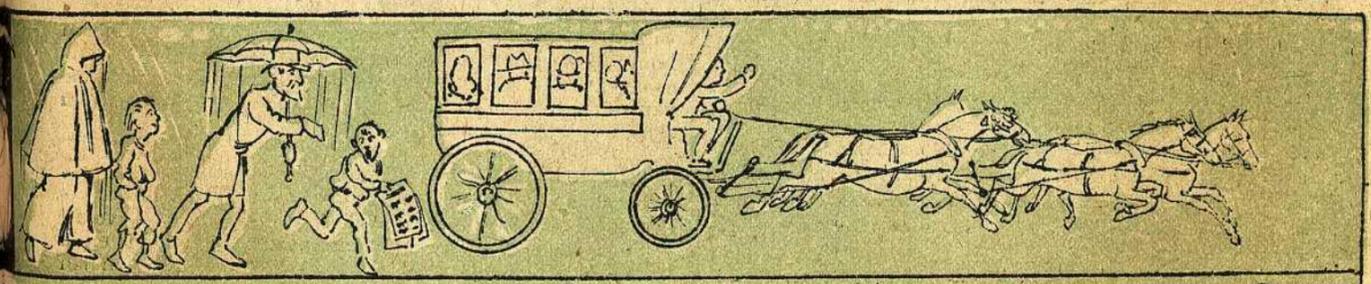
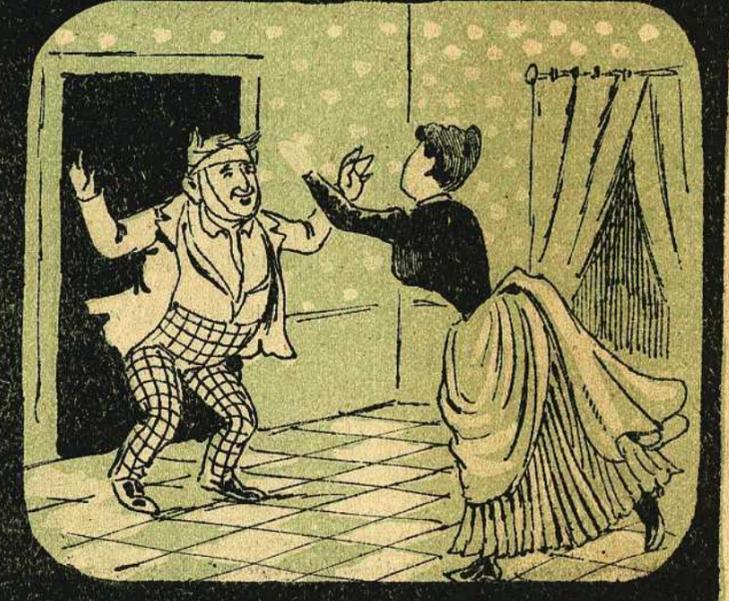
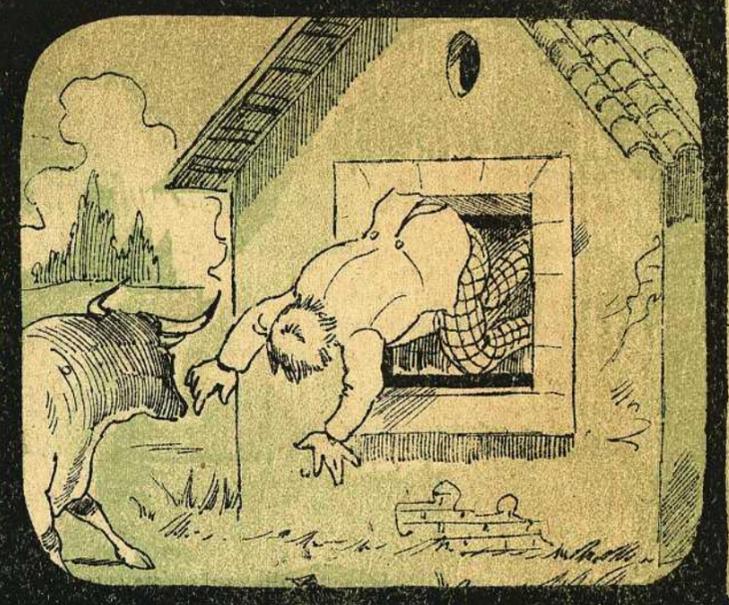
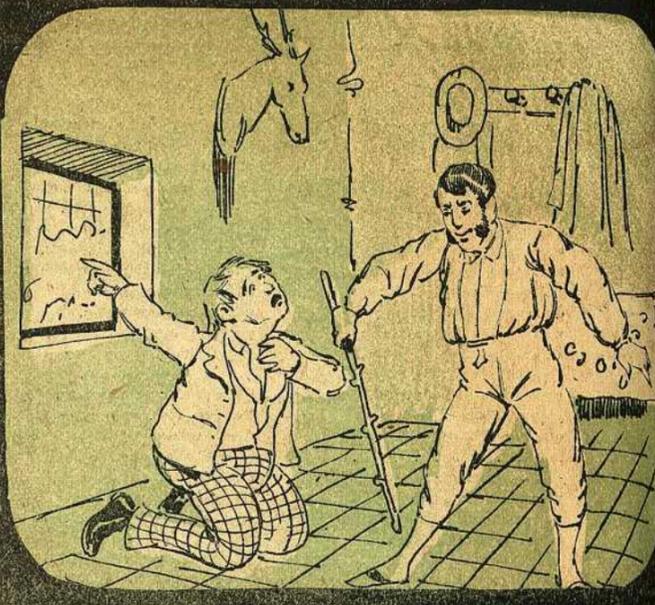
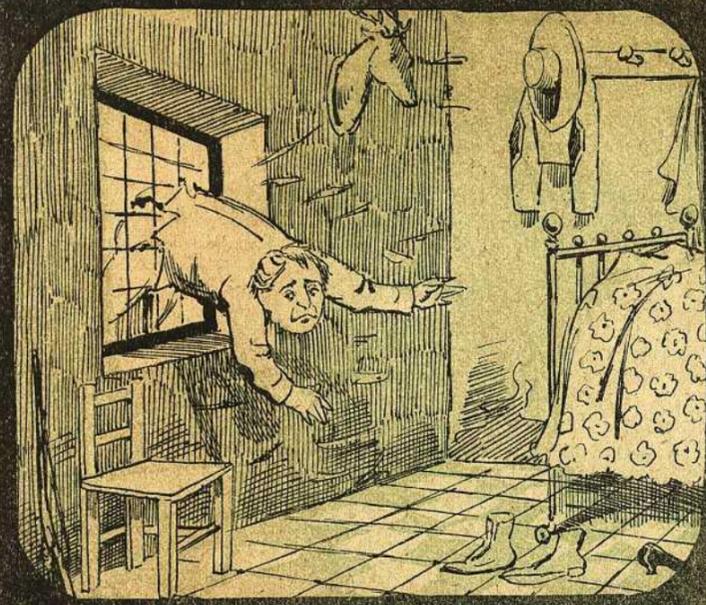
—Pus como decía, la Celestina y la Jesusa se pirran por esa *maleta*.

—¡Alto ahí! ¿Quién ofende á mi *presona*?—dijo el *Reservao* entrando en la sala acompañado del alcalde, el *Morros*, el *Noguila* y el *Cautela*.

—¡*Reservao* de mi alma!—dijo Jesusa lanzándose al encuentro del mator. Pero el alcalde la detuvo, exclamando:



TRAS DE CORNUO... (HISTORIA SIN TEXTO) (Conclusión)



—Señora, más circunscripción, ó como me llamo Blas Respingo va usted á Galeras.

—Acelaradas...—dijo la Celestina.

—Miste la...

—Calla, Jesusa, deja á esa...—dijo el *Reservao* cortando la comenzada frase de Jesusa.

—Orden, orden, que afusilo á tóo el mundo. A ver, *Morros*, empuña la vara, y al que chiste, palo.

Todo quedó en silencio.

El *Reservao* tenía la cara verde como hoja de evónimo. *Cautela* más pálido que el papel, y *Noguila* más negro que hueco de chimenea.

—Vamos, señor juez, cumpla usted su oficio.

—Señor alcalde, aquí mando yo.

—*Morros*, preparen,—dijo D. Blas.

El *Morros* levantó el garrote sobre D. Serapio. D. Serapio agarró el tintero y lo arrojó á la cara del alcalde, que quedó transformado en negro chorreado.

Por unos instantes, palos, cachetes y mordiscos reinaron por doquier. Las señoras atronaban la sala con sus gritos. Cuando se restableció la calma, la situación de los personajes era la siguiente:

El *Cautela* y el secretario, debajo de la mesa del juzgado instructor en cuclillas y agarrados de las manos como jurándose mutua protección.

El *Morros*, con la manga de la chaquetilla azul puesta como una bizma en su cara, y de la que en vano pugnaba por apartársela.

El *Noguila*, sosteniendo en sus brazos á la desmayada Venancia.

El *Reservao*, desmayado en brazos de Jesusa.

D. Blas y D. Serapio abrazados como Daoiz y Velarde.

Y el maestro, la tía Gurrumina y la Celestina, en un rincón y con las manos en la cintura, reían estrepitosamente.

—Esto se pone negro,—dijo el alcalde pasándose la mano por la frente, de la que manaba tinta.

—Eso digo yo,—respondió D. Serapio.

—Esto tiene que dar una vuelta,—añadió el alcalde.

—¡*Morros!*

—Señor,—dijo el *Morros*, que aún no había logrado quitarse la bizma.

—Quitate la máscara, que ya nos conocemos todos, y ve á ver si viene el alguacil.

Secretario, gritó D. Serapio!

El secretario y el *Cautela* sacaron su cabeza cada uno por el costado de la mesa, y á una voz preguntaron:

—¿Pasó ya?

Y al ver la tranquilidad reinante salieron de su escondrijo. Merced á un par de cubos de agua, Venancia y el *Reservao* volvieron en ellos, con sentimiento del *Noguila* y de Jesusa.

—Continúo,—dijo D. Serapio.

—Continúe usted,—dijo el alcalde convertido en frasco de la reina de las tintas.

—¿Quién estaba hablando?

—Yo,—dijo adelantándose el *Reservao*.

—Pues hable usted sin reservas,—dijo el juez.

—Mire usted, señor juez, yo quiero á esa porque sí,—dijo señalando á Jesusa,—y á esa otra,—dijo señalando á Celestina—la tengo afición; pero... y se detuvo al ver el movimiento de Jesusa y Celestina. Casarme no me casaría con ninguna. Nuestra profesión es libre, y libres debemos ser tóos los que la profesamos.

—Eso digo,—añadió el *Noguila*,—y por eso nos vamos á ir hoy mismo libres.

—Eso será lo que tase un sastre.

—Vamos, señor alcalde, que usted hará lo que yo le diga, ó le meto algo en el cuerpo.

—Imponga usted orden, señor juez.

—Tiene razón éste,—dijo el *Cautela*;—ya sacabó tóo; ¡á ellos! Y cogiendo una silla, arremetió con el alcalde, el *Reservao* con el juez, y el *Noguila* con el secretario.

Ya iban á escapar para poner en libertad á los demás tores que en *chirona* quedaban, cuando el *Morros* entró gritando:

—¡La pareja! ¡La pareja!

Una pareja de la Guardia civil se presentó en el local, y como primera providencia, y en espera de lo que determinase el cabo, que con otros dos individuos del Cuerpo no tardarían en llegar, resolvió detener á todos los que allí se encontraban, y apuntando con los fusiles desde la puerta, gritaron á una voz los dos guardias:

—¡Todo el mundo preso!

GONZALO SÁNCHEZ DE NEIRA.

ROMANCES MORISCOS

VI

Llevado más que en caballo
en alas del mismo viento,
entró en Avila Zulema
cuando estaba amaneciendo.

Planes de amor y venganza,
de ardor y de desaliento,
por el camino ha formado
el intrépido agareno.

Ya piensa que en cuanto llegue
debe quitar á su dueño
de las manos de la reina
por darla mayores celos.

Ya determina aguardar
los anunciados festejos
en que la mano de Zara
será el suspirado premio.

Y en desesperada lucha
contra veinte ó contra ciento,
ganar de nuevo á su dama
ó sucumbir en su empeño.

Con estos y otros afanes,
llevando el corazón muerto,
penetra Zulema en Avila
con sus tristes pensamientos.

Y antes de poner por obra
lo que le dicta el deseo,
al alcanzar se dirige
para encontrar un consuelo.

Cerradas están las puertas
y todo en triste silencio,
como si el dolor del moro
le fuesen todos sintiendo.

Hasta Zara, la que adora,
no espera al triste mancebo,
y Zulema se retira
de pena y coraje lleno.

Cuando el sol ya ha despertado
de su prolongado sueño,
baja el moro del caballo
en la casa de sus deudos.

De su viaje repentino
les informa con misterio,
y su ayuda les demanda
para lograr sus intentos.

Todos le ofrecen defensa
en el lance tan tremendo,
pues el honor de Zulema
es también el honor de ellos.

Y cambiando en su brazo
y en su juvenil esfuerzo,
aguarda empiecen las fiestas
el infeliz caballero.

Por el Profeta jurando
que ha de hacer tales excesos
en temeraria osadía
como ningún hombre ha hecho.

Y que las cañas y toros,
que por la reina han dispuesto,
quizá se truequen en lanzas
y en desafíos sangrientos.

Pues por ganar á su Zara,
Zulema, de pasión lleno,
vencerá, si se le opondrá,
el poder del mundo entero.

M. REINANTE HIDALGO.

LANCES TEATRALES

TEATRO ESPAÑOL.—*Lo sublime en lo vulgar*,—estrenado en Barcelona,—ha conseguido en el Príncipe—acogida bondadosa;—que en Castilla y Cataluña,—los que de gusto blasonan—aplauden dramas como éste,—que son del Teatro gloria.

TEATRO DE LA COMEDIA.—Fue un fiasco completo y verdadero—el que tuvo la *esposa*;—si sigue la campaña tan honrosa,—la Empresa no hará agosto, hará su enero.—Pero no es de extrañar, lector querido,—que un fracaso completo hayan sufrido,—pues en libros, lo mismo que en escenas,—*nunca segundas partes fueron buenas*.

TEATRO MARTIN.—Sigue *Lucifer*—con su secretario—gustando á la gente—desde este escenario.—Y más de dos pollos—de esos calaveras,—dicen al mirarle:—¡Si fuera de veras!—¡Si el diablo viniese—con tales encantos,—no había en la tierra—ni justos, ni santos!—Pues la mayoría—querrían sin guasa—que el diablo estuviese—metido en su casa.

CIRCO DE PRICE.—*El alcalde de Strassberg*—es del género verdad—y ha de vivir en la escena—con aplauso singular.—La partitura es alegre,—el libro sabe agradar,—y una y otro, bien merecen—aprobación general.—¡Buena temporada empieza!—Esto se llama actuar.

TEATRO DE ESLAVA.—Van tres: las *mantas*—también fracasaron—aunque era su música—de lo más cuidado.—Si siguen tal senda—en este teatro,—va á ser cada estreno—seguro fiasco.

NOTICIAS

Para el 8 de Diciembre próximo hay dispuesta en Játiva una gran corrida de toros de Fontecilla, cuya lidia estará á cargo de *Blanquet*.



Entre los novilleros que tomarán parte en la presente temporada *pelotera* figura el diestro granadino *Lagartijillo*, quien ha recibido una atenta carta de la Empresa madrileña contratándole para algunas corridas.



Se nos figura la noticia un *capard* morrocudó, pero allá va, valga por lo que valiere.

Según leemos en *A Bandaritha*, periódito taurino lusitano, *Guerrita* piensa casarse en Córdoba con una sobrina de *Lagartijo*.



En Agosto de 1889, así como suena, y en las corridas de Játiva, que se celebrarán los días 15 y 16 del dicho mes, estoquearán *Cara-ancha* y *Tortero*. Este habrá tomado la alternativa para ese día en la Plaza de Sevilla.



En Torres Vedras, una sociedad de aficionados trata de construir una plaza de toros.



Dicemos que la madre del diestro *Lagartijo* se encuentra algo mejorada. De todas veras lo celebramos.



He aquí el resumen obtenido en la corrida verificada el lunes anterior á beneficio del *Bebe*, según lo publica *La Correspondencia de España*.

Ingresos pesetas.	56.206,55
Gastos.	11.246,03
Producto.	44.960,52

Cantidad que ha sido impuesta en el Banco, según saben nuestros lectores.



CORRIDA DE NOVILLOS VERIFICADA EL 18 DE NOVIEMBRE DE 1888

Lo primero que anuncia la nota es la lidia de un buey bravo y fiero, con el cual representan el drama titulado: *El doctor y el enfermo*.

Enseguida saldrá otro buey bravo para gozo, deleite y contento, de la enorme cuadrilla de *artistas* que dirige *Medrano* primero.

Este buey morirá con la chispa como mueren algunos sujetos, que se toman la *pitima* el lunes y el domingo se encuentran aún *ébridos*.

Otros dos bueyes bravos de *Concha* (el *barbián* y andaluz ganadero) morirán de *Pepete* á las manos, sin valerles la bula de *Meco*,

Y, por último, amables lectores, al final se darán *peloteros*, por si quieren ustedes lidiarlos á cuenta, de fije, de algún par de huesos.

Conque vamos allá.

Principió la cosa presentándose una tropa desarrapada por demás, que sacaron en una camilla al enfermo, colocándole en *el techo del dolor* (según el cartel). Pero el hombre no las te-

nía todas consigo, y apenas oyó el clarín salió corriendo sin aguardar la visita del novillo que desbarató el catre de un zurrio. Toda la tropa comenzó á tirar capotazos, dos individuos rodaron para clavar dos pares y medio de banderillas, y *Medrano* salió con el ascua arrimándola á la cabeza del morucho que cayó al estampido.

Salió luego otro pavo con el que hicieron sobre poco más ó menos lo mismo que con el anterior, y murió á manos de *Tomás Martínez*, *Abuelo*, de un estoconazo á la carrera en mitad del lomo después de dos pases.



La parte seria comenzó saliendo un bicho berrendo en castaño, capirote, botinero y bien puesto.

El tío solo tenía buena y bonita lámina pues la bravura es quedó por Sevilla.

Tetillas puso cinco varas, *Laborda* dos, baja una, y *Díaz* una. *Pepete* se hizo un lío en el primer quite, y luego se enmendó. *Pito* acudió bien una vez que terció en la pelea.

Albañil puso un par muy bueno, y *Cayetano* dos, bajísimo uno.

Pepete ataviado de verde y oro, dió un pase natural, cinco derecha, idem altos, uno redondo y otro cambiado con colada, para una estocada trasera, dando el paso atrás y volviendo el rostro. (*Palmas*).

Califa fué achuchado contra las tablas del 7.



En segundo lugar se presentó un carretero negro bragado, mogón del derecho y abierto de ambos.

Con tres verónicas y una navarra muy movidas le saludó el matador.

Con alguna voluntad aguantó ocho picotazos puestos en los bajos por *Pardal* y *Díaz*, con quites de *Pepete* y *Califa*.

Pito colgó un par superior. *Moños* dejó medio par caído repitiendo con uno entero aceptable. *Rodríguez* después de salir en falso dejó sobaquilleando uno bueno y *Baden* aprovechando, medio.

Pepete endilgó tres naturales, cinco derecha, tres altos, y media estocada caída, con el paso, etc. Rodeado el muchacho de la sinvergüencería, dió infinitos trasteos, cinco intentos de descabello con la puntilla, y uno con el estoque.

Por último, se lidiaron cinco embolados que no hicieron nada de particular, y á casa.

Eran las cuatro menos cuarto.

Y FINALMENTE

De buena gana hubiéramos hecho gracia á nuestros lectores de la reseña anterior, á no impedirnoslo nuestra obligación de contar cuanto en la plaza pase, pues fiesta más indigna que la reseñada no la conocieron jamás los nacidos.

En el último villorrio, en la aldea más insignificante hubiera sido rechazado el programa de la mogiganga, y en Madrid, en la población más aficionada, en la primer plaza de España ha pasado.

¿Qué es eso de *bueyes bravos*, Sr. *Romero* y comparsas? Y lo preguntamos porque nosotros hemos creído siempre que *buey* es una cosa y *bravo* otra, y que ambas reunidas se dan los cachetes más colosales y tremendos. Y aún dando de barato que exista ese ganado, ¿no le parece á nuestra desahogada Empresa que eso está bien en el Puente, en Tetuán y demás capitales, pero nunca en la plaza grande, como dice la gente torera?

Y por otra parte, ¿no hay novilleros en Madrid, con los los cuales se podía haber organizado una buena corrida? ¿Cree la Empresa que con *Pepete* basta para dar animación á las funciones? Pues ya ha visto los resultados, y más adelante, los ha de ver aún más palpables.

Estamos dispuestos á no dejar pasar abusos como el cometido últimamente, y no vamos á tener consideración de ninguna clase con Empresas que así se rien y burlan del público en general.

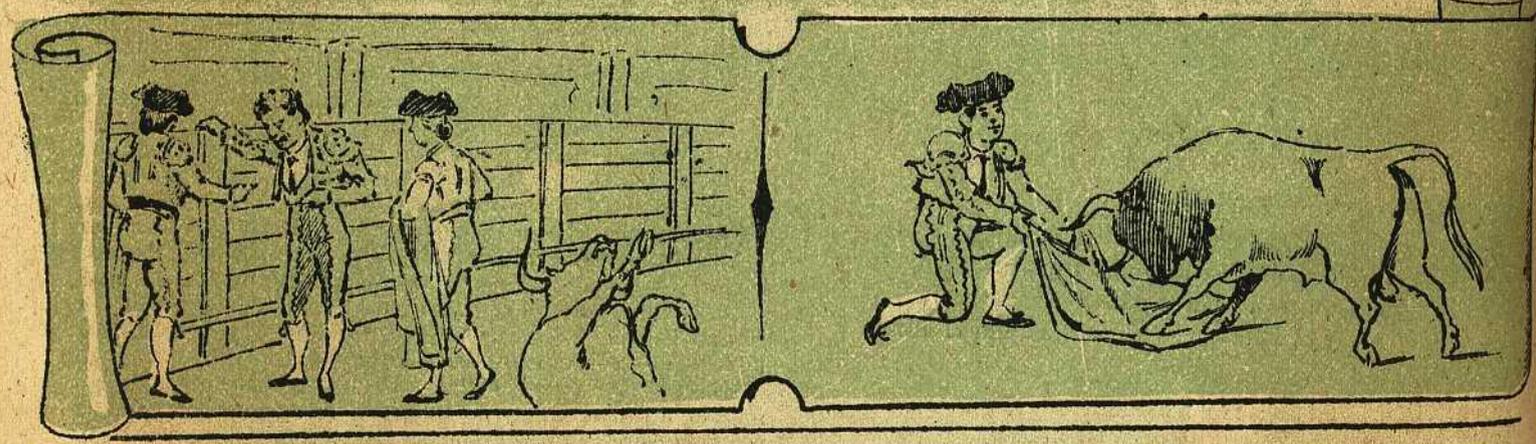
El que no tenga dinero que no se meta en negocios donde no ha de escasear la luz.

De la corrida, lo único bueno, un par del *Pito* y otro del *Albañil*.

Perdonen ustedes esta revista (de algún modo he de llamar á lo que llevo escrito) y hasta la próxima.

EL BARQUERO.

RECUERDOS DEL BENEFICIO DEL "BEBE"



EL TOREO CÓMICO

REVISTA SEMANAL DE ESPECTÁCULOS

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE DE SAN VICENTE ALTA, 15, PRINCIPAL